

Domingo XXXI-B
LO FUNDAMENTAL-SHEMA
Padre Pedro José Ynaraja Díaz

TEXTOS

Deuteronomio 6, 2-6

En aquellos días, habló Moisés al pueblo, diciendo:

—«Teme al Señor, tu Dios, guardando todos sus mandatos y preceptos que te manda, tú, tus hijos y tus nietos, mientras viváis; así prolongarás tu vida.

Escúchalo, Israel, y ponlo por obra, para que te vaya bien y crezcas en número. Ya te dijo el Señor, Dios de tus padres: "Es una tierra que mana leche y miel".

Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas.

Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria».

Hebreos 7, 23-28

Hermanos: Ha habido multitud de sacerdotes del Antiguo Testamento, porque la muerte les impedía permanecer; como éste, en cambio, permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa. De ahí que puede salvar definitivamente a los que por medio de él se acercan a Dios, porque vive siempre para interceder en su favor. Y tal convenía que fuese nuestro sumo sacerdote: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y encumbrado sobre el cielo.

Él no necesita ofrecer sacrificios cada día —como los sumos sacerdotes, que ofrecían primero por los propios pecados, después por los del pueblo—, porque lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo.

En efecto, la Ley hace a los hombres sumos sacerdotes llenos de debilidad. En cambio, las palabras del juramento, posterior a la Ley, consagran al Hijo, perfecto para siempre.

Marcos 12, 28b-34

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó:

—«¿Qué mandamiento es el primero de todos?».

Respondió Jesús:

—«El primero es: "Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser". El segundo es éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No hay mandamiento mayor que éstos».

El escriba replicó:

—«Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios».

Jesús. Viendo, que había respondido sensatamente, le dijo:

—«No estás lejos del reino de Dios».

Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

COMENTARIO

Que respetemos las actitudes religiosas de cualquiera es lo correcto. Que sepamos descubrir las cualidades de las diferentes posturas espirituales que durante la historia se han ido enseñando también, pero eso no quiere decir que a nuestra Fe, la cristiana, la coloquemos al mismo nivel de las demás.

Que no pretendamos iniciar guerras de religión, ni despreciar los símbolos o costumbres de quienes junto a nosotros viven y no profesan la Fe en Jesús de Nazaret, en quien creemos y a quien recibimos como verdadero, hombre pero que al unísono es el Hijo unigénito de Dios Padre, engendrado antes y al margen de los tiempos, lo mismo respecto a los que no admiten ninguna dimensión trascendente, a todos ellos debemos respetar y a todos ellos debemos, con amor, invitar a gozar de nuestra Esperanza sin igual.

Jesús es único y definitivo sacerdote. Ni es repetible, ni Él mismo se repite. Tal es la enseñanza de la segunda lectura del presente domingo.

Hombres buenos indicaron buenas sendas de vida.

Dios, en un determinado momento, escogió a Abraham, se hizo su amigo y poco a poco, esta asistencia divina se fue manifestando en el pueblo que de él surgió. El judaísmo goza del privilegio de que fue el mismo Dios el que inició la labor de elevar la dignidad humana a ámbitos divinos. Es singular y única su actitud, e irrepetible. Pero su permanencia estaba sujeta a la continua preparación, elaboración y repetición de los actos de culto establecidos. Cuando moría un sacerdote, le sucedía otro. Cuando concluía un sacrificio, que es el más sublime acto de adoración que imaginarse pueda, debía prepararse otro. Aquí radicaba una de sus limitaciones.

El sacerdocio y el sacrificio de Jesús de Nazaret no tiene limitaciones.

Las dos otras lecturas están centradas en la "shema", palabra que significa simplemente **escucha**. Para un judío, aun ahora, este fragmento de la Ley es el fundamental.

Cuando por segunda vez subí al Gbel Musa (la montaña de Moisés, en el Sinaí) el guía nos dijo al principio que él no era creyente. Más tarde, cuando el desierto había impregnado nuestro interior, nos dijo: soy ateo, pero en el desierto creo en Dios. Llegados a la cima, nosotros cantamos el símbolo apostólico, el credo, me atreví a decirle que nos recitara la "Shema" él de inmediato dijo, aquí no puedo pronunciarla de cualquier manera, aquí debo cantarla. Y en la inmensidad de los millares de montañas que nos rodeaban, la entonó con entusiasmo. Fue el mejor recuerdo que todos conservamos de aquel día.

Durante el exterminio nazi, los judíos, fuera ante el paredón o en las cámaras de gas, morían cantando la shema. Es pues, esta expresión, la más singular, con la que se sienten identificados. Para que se me entienda, queridos lectores, es algo así como para nosotros cristianos, representa el Padrenuestro.

El texto dice así: **Escucha**, *Israel: Yahveh nuestro Dios es el único Yahveh. Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Se la*

repetirás a tus hijos, les hablarás de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado; las atarás a tu mano como una señal, y serán como una insignia entre tus ojos; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas.(Dt 6, 4ss).

Os advierto que el texto que expresa más explícitamente la identidad judía, que uno piensa que debería recitar como muestra de aceptación y reconocimiento de su identidad, sería este: « *Mi padre era un arameo errante que bajó a Egipto y residió allí como inmigrante siendo pocos aún, pero se hizo una nación grande, fuerte y numerosa. Los egipcios nos maltrataron, nos oprimieron y nos impusieron dura servidumbre. Nosotros clamamos a Yahveh Dios de nuestros padres, y Yahveh escuchó nuestra voz; vio nuestra miseria, nuestras penalidades y nuestra opresión, y Yahveh nos sacó de Egipto con mano fuerte y tenso brazo en medio de gran terror, señales y prodigios. Nos trajo aquí y nos dio esta tierra, tierra que mana . Nos trajo aquí y nos dio esta tierra, tierra que mana leche y miel . Y ahora yo traigo las primicias de los productos del suelo que tú, Yahveh, me has dado. » Las depositarás ante Yahveh tu Dios y te postrarás ante Yahveh tu Dios. (Dt 26,4).*

Es un texto de afirmación de una historia, una experiencia, es precioso también, pero no es el escogido.

El diálogo entre este intelectual y el Maestro se centra en la shema a la que el Señor añade, sin separación, el precepto al prójimo, que no es ajeno a la tradición hebrea, pero que no es tan exigente, ni está tan íntimamente unido como lo expresado por Jesús.

Es importante observar que ambos acaban satisfechos, tanto el erudito como el Maestro.

Debemos preguntarnos ahora ¿tengo presente y sé con qué afirmaciones me siento identificado en mi Fe cristiana?. ¿Lo pienso, recito en mis adentros y lo explicito a quien me lo solicite?